

EL BOMBERO Y EL REY

Historia de “El Pajejo”

Alfonso Pacheco

Me lo contó él mismo, un día de otoño, a principio de los sesenta, mientras veíamos caer la lluvia por una ventana en forma de arco de

medio punto, que está justamente sobre el escudo de la ciudad de Murcia.

“El Pajejo” era el apodo con que se conocía a este hombre de edad indefinida,

alto, muy fuerte, de espalda encorvada por el peso de los muchos años, cabellera abundante, blanca y larga, se protegía del frío con una gran pelliza de piel que portaba eternamente sobre sus hombros. No era hombre de muchas palabras, es más, no era de ninguna palabra, no quería hablar con nadie, únicamente pronunciaba monosílabos cuando alguien le dirigía la palabra, siempre con la máxima corrección y de una manera muy educada, tenía mal genio, la gente decía que era agrio y seco, la verdad es que no le importaba lo que pensarán de él. Nada o casi nada se sabía de su vida, tenía pocos amigos, pero cuando se identificaba con alguien, a veces y en muy contadas ocasiones, dejaba que te acercases a sus recuerdos o a su vida. Este hombre adusto y con aspecto fiero, era en el fondo un ser afable y cariñoso, portador de una refinada educación y una basta cultura.

Fue bombero, y es en esta situación cuando, en un momento de franqueza, amistad, o llámese como se quiera, abrió el saco de los recuerdos y me refirió una bella historia. Por causa de un accidente durante un incendio en que perdió parte de la visión de ambos ojos, lo pasaron a ordenanza del Alcalde y más tarde al archivo histórico, donde recreaba su tiempo libre leyendo documentos de la vieja historia de la Ciudad. Nunca supimos su nombre.

La tarde estaba gris y lluviosa y desde la pequeña ventana tras la que nos encontrábamos, se veía desdibujado por la lluvia el puente viejo o de los Peligros como es conocido, por tener una hornacina con la imagen de la Virgen de los Peligros. Nos encontrábamos tratando de descifrar el texto de una carta escrita en castellano antiguo, cuando El Pajejo dejó correr su mirada en dirección al puente y un largo silencio interrumpió nuestro estudio. Vi con asombro que los ojos de este hombre rudo de modales se humedecían, carraspeó y sacando un gran pañuelo de hierbas

se lo pasó por ellos sonándose estrepitosamente, yo fingí no darme cuenta, no lo engañé, y de su boca salieron con una voz recia y cavernosa lentamente, muy lentamente las palabras.

— ¿Ve Vd., amigo mío, el puente viejo? Siempre ha sido viejo. ¿Se figura las historias que podría contarnos? ¿La vida que encierra?... las vidas que encierra. Hace algunos años, en mil novecientos treinta y uno, estas tierras estaban muy removidas, el pueblo, promotor de grandes acontecimientos, giraba por extraños derroteros que nos llevarían a situaciones conocidas por todos. Yo me encontraba sobre ese puente una noche junto con un compañero, cumpliendo con un servicio especial; teníamos la misión de proteger a la Virgen de los Peligros, ¡yo que soy republicano!, de la posibilidad de que algunos alterados le prendiesen fuego, y provistos de un sencillo extintor de incendios, y nuestros uniformes de bomberos, deberíamos evitar que esto sucediese. Había pasado ya la media noche y mi compañero y yo nos arrebujábamos en los capotes, defendiéndonos de la fresca brisa de mediados de abril, apenas daban luz las pocas farolas que funcionaban, la oscuridad era casi absoluta. Comenzamos a escuchar a lo lejos el ruido de motores y pronto vimos las luces de los faros que procedentes del viejo convento de San Francisco, se acercaban a nosotros. Por unos instantes empezamos a preocuparnos, no era fácil en esos tiempos ver coches, no había, media docena como mucho en toda Murcia, pero por la cuesta del Plano subían varios. Pensamos que irían al Ayuntamiento, que tenía algunos balcones con luz que se filtraba por entre los cortinajes, circunstancia que no era normal.

Los automóviles estaban a cincuenta pasos de nosotros y cuando el primero llegó a la entrada del puente, giró a la derecha entrando en él, seguido por el resto de la comitiva. Nos dio un vuelco el corazón, pensamos que ya estaban allí los

incendiarios, pero no era así. El primer coche se detuvo sobre el puente y los otros lo hicieron tras él. Se abrieron inmediatamente las puertas y de ellos salieron unos señores muy bien vestidos, cubiertos con abrigo y sombrero de copa. Permanecimos observando la escena parados cerca de la capilla de la virgen y un poco inquietos, acababa de proclamarse la República y estos señores a esa hora de la madrugada, sobre el puente nos preocupaban.

Un caballero alto, con bastón y guantes, se acercó a la baranda y contempló el horizonte que ya marcaba su silueta a las primeras e incipientes luces del alba, después se nos quedó mirando y con un gesto indicó que fuésemos hasta él. Durante media hora nos preguntó por Murcia, por las inundaciones del río, por la catedral, por nosotros, nuestras esposas y nuestros hijos, por las calles y plazas, por la huerta, por las flores. Sacó del bolsillo del gabán una pitillera de plata y nos dio un cigarrillo a cada uno. Fumamos juntos con el caballero, guardamos un respetuoso silencio ante el suyo. Preguntó qué hacían dos bomberos sobre el puente, se lo contamos, le dijimos que alguien quería quemar a la Virgen de los Peligros y que allí estábamos con el extintor.

Miró otra vez el río y escuchó el murmullo del agua que corría bajo nuestros pies y que saltaba el azud con gracia, se dirigió a mí y me preguntó la hora. Le dije que no tenía reloj, que no podíamos tener reloj, era mucho para nosotros, entonces se sacó un guante y con decisión se quitó el reloj de pulsera y me lo dio. Miró a mi compañero y le preguntó si el tenía, le dijo que no, el caballero se volvió en dirección a otro señor que estaba parado cerca y le dijo: Dame tu reloj. Toma tu también debes saber la hora.

Pocos minutos después alguien se acercó y dirigiéndose al caballero le dijo: Majestad, debemos partir. El caballero asintió con la cabeza, se volvió a nosotros, nos estrechó la mano y subió al automóvil,



El "Pajejo" recibiendo el regalo del reloj de manos de D. Alfonso XIII, en el Puente de Los Peligros. 1931.

nos hizo un gesto de despedida a través de la ventanilla y la comitiva se puso en marcha en dirección al Barrio del Carmen. Nos pusimos firmes y así permanecimos hasta que el timbre de una bicicleta nos volvió a la realidad. Cuando el polvo se disipó ya no había ni rastro de los coches, pero aún se escuchaba el ruido de los motores. A lo lejos la tarabilla saltaba sobre la piedra del molino, dejando caer el grano que será pan.

El alba cada vez más cercana nos hizo ver un rostro que apenas conocíamos y que se nos quedó gravado en lo más profundo.

¿Sabes, estimado amigo, que aún conservo el reloj? Han pasado treinta años y aún tengo el reloj de Don Alfonso XIII.

Y la lluvia siguió cayendo sobre los sillares del puente, indiferente a cosas tan